

piaba, les purificaba las llagas, los agasajaba y regalaba, haciales la cama, limpiaba todas sus inmundicias, les servía la comida, y se procuraba de las personas caritativas algunas aguas olorosas con que lavarlos y consolarlos, y varios regalillos con que lisonjeaba su gusto, y hacia tolerable tanta miseria á aquellos infelices. No se contentaba con esto su fervorosa caridad. Como su corazón estaba siempre en Dios, y no hacia nada que no fuese por motivo sobrenatural y divino, en cada uno de aquellos miserables leprosos veía con los ojos de la fe al mismo Jesucristo leproso y llagado como le pinta Isaías. En el fervor de esta consideración, no se detenía en practicar unos actos tan heroicos de mortificación y de caridad, que dejan asombrada la débil naturaleza. Tales eran el ponerse de rodillas á los piés de aquellos miserables, besarles las llagas, lamérselas y limpiárselas con la lengua, y beber muchas veces de aquella agua con que se las había lavado. La prudencia humana desaprueba regularmente semejantes acciones, y la misma ley de Dios nos prescribe que debemos evitar todo peligro de que pueda resultar daño á nuestra salud, ó á la de nuestros prójimos; pero cuando los santos llegan á un cierto grado de sublimidad, todas estas reglas se quedan muy inferiores á las grandes inspiraciones de la gracia. Por esto, los superiores del beato Nicolás no dudaban permitirle unas acciones que hubieran podido infestarle á él, y causar la infección de todos los religiosos, si Dios, por una providencia extraordinaria, y en obsequio del fervor de su servio no hubiese mudado el curso de las causas naturales; pero de hacerlo Dios así, tenía pruebas incontestables, ya en la experiencia, ya en los milagros con que se autorizaba lo lícito y honesto de acciones tan prodigiosas. La experiencia les había manifestado que lejos de ser para el beato Nicolás

contagiosa la lepra y el agua de las llagas, era por el contrario benéfica y saludable, y los continuos éxtasis que el santo padecía en aquellos ejercicios de caridad, eran claros testimonios de que tenían la aprobación divina.

Esta se manifestaba de otras muchas maneras, pues el beato Nicolás fué muy singular en aquellas gracias que se llaman *gratis datas*: penetraba los secretos de los corazones; decia con anticipación las cosas futuras, que se verificaban después conforme las había profetizado, y quiso Dios igualmente que sus manos distribuyesen las obras de su bondad y de su omnipotencia en repetidos milagros que hizo obrar á su siervo. La virgen María, de quien era devotísimo, le regalaba también con visiones frecuentes, y en el sacramento de la Eucaristía le hacia percibir su Hijo santísimo favores y delicias extraordinarias. Todo este conjunto de cosas admirables en un siglo en que de todo se dudaba y todo se criticaba, y principalmente cuando el santo residía en Madrid en el empleo de confesor de las Descalzas reales, no podia menos de despertar la atención de muchas personas zelosas de la pureza de nuestra fe, y de otras malignas que no pueden menos de perseguir á todo varón virtuoso. Por esta causa fué necesario que un señor inquisidor de Toledo examinase escrupulosamente el espíritu del beato Nicolás, y la verdad y sencillez de sus virtudes. Como estas eran sólidas, y su espíritu de Dios, lograron la aprobación del ministro del tribunal; y en su consecuencia, el rey Felipe II y todos los señores de la corte comenzaron á dispensar al siervo de Dios tantos aplausos, que le fué preciso huir de ellos, retirándose á Valencia. Allí tuvo el consuelo de encontrarse con san Luis Beltrán que había vuelto de América, y le era muy semejante en el espíritu y en las costumbres. Presenció su muerte, después de le

cual le manifestó Dios en un éxtasis maravilloso la gloria inefable de que gozaba san Luis en el cielo. Esto sucedió en el convento de los dominicos, adonde asistió el beato Nicolás á celebrar las exequias á san Luis, de cuya gloria dijo cosas tan asombrosas despues del rapto, que lloraban cuantas personas le oyeron, unas de ternura, y otras de admiracion, al ver los dones admirables con que favorece Dios á sus elegidos. ¿Quién creería que, hallándose el bienaventurado Nicolás en el alto grado de virtud á que habia subido entre los menores de la observancia de san Francisco, pudiese pensar en dejarla para hacerse capuchino? Pero Dios, que reparte las gracias á sus siervos, les inspira tambien los estados y provincias en que es su divina voluntad hagan uso de ellas. Habia Nicolás predicado en el reino de Valencia, y queria su divina Majestad que fuese tambien participante de sus frutos el principado de Cataluña. Obtenidas, pues, todas las licencias necesarias, partió para Barcelona por el mes de abril del año de 1582; pero á la entrada en esta ciudad encontró su humildad con un escollo, que necesitó de toda su virtud para vencerle. Fuéronle á visitar en nombre de toda la ciudad los señores consejeros, y en la arenga que le hicieron, no repararon en decirle que Barcelona y toda Cataluña estaban llenas de satisfaccion por tener la dicha de poseer un santo tan grande como lo era su paternidad muy reverenda. Estas expresiones desmesuradamente imprudentes llenaron de un santo horror al siervo de Dios, quien, reputándolas por una de las tentaciones mas temibles que habia tenido en toda su vida, se echó en tierra, y anegado en lágrimas repetia muchas veces: *Yo soy el mayor pecador del mundo*. Luego que los padres capuchinos pusieron al beato Nicolás Factor su santo hábito, le mandaron predicar en casi todas las iglesias de la ciudad, que lo

solicitaban á porfía. Sus frecuentes éxtasis, la alteza de su doctrina, y el copioso fruto que obraba en los oyentes levantaron su fama de tal manera, que era mayor la que tenia á poco de estar en Barcelona, que la que habia conseguido despues de tantos años en Valencia. El convento de padres capuchinos no se desocupaba en todo el dia de gentes de todas clases: unas iban á pedirle consejo en sus dudas, y otras iban sin mas objeto que el gusto de tratarle y venerarle como á santo. Hasta las señoras de la primera distincion le buscaban y visitaban para beneficio de sus almas, y el santo las oia con caridad, y las despachaba con mucho consuelo.

Pero todos estos aplausos eran puntualmente lo contrario de lo que el santo habia buscado, pasando de la observancia á la religion de los capuchinos. Molestábale demasiado la fama que se habia adquirido en Valencia con sus sermones y santa vida, y contemplando que entre las austeridades, pobreza y desprecio de los religiosos capuchinos le seria fácil vivir desconocido, pasó allá; pero la virtud es como una luz resplandeciente, y así por mas que se pretendán ocultar sus brillos, siempre se dejan ver en alguna parte. Viendo el bienaventurado Nicolás que se habia engañado, procuró deshacer el error, solicitando de sus superiores la competente licencia para volverse á los observantes. Concediéronsela sin dificultad, bien persuadidos de que en todas sus acciones obraba el siervo de Dios por superior impulso. El dia 23 de junio del año de 1583 dejó el hábito de los capuchinos, y volvió á vestirse el de la regular observancia. Determinó igualmente dejar el principado de Cataluña, y así se puso en camino para Valencia, yendo de lugar en lugar predicando como un apóstol. Por esta causa tardó en llegar á su convento de Santa María de Jesus hasta el dia 13 de diciembre del

mismo año. No sería fácil explicar el contento y satisfaccion que recibieron todos los religiosos al ver en su compañía al siervo de Dios; si bien esta alegría fué mezclada con el pesar de verle llegar enfermo, por cuya causa se fué directamente á la enfermería. Al entrar en el convento dijo, como presagiando su fin, aquellas palabras de David : *Aquí será mi descanso para siempre; esta casa será mi habitacion puesto que yo la elegí.* Sin embargo de la debilidad que le habian ocasionado unas molestas cuartanas, y lo muy quebrantada que estaba su salud, pidió licencia al guardián para observar el ayuno del adviento; pero el día 16 del mismo mes le sobrevino una calentura tan ardiente, con tan grande dolor en el pecho, que tuvo que templarse aquel fervor, por haber declarado los médicos que la enfermedad era de mucho peligro. En efecto, se verificó el dictámen de los facultativos, pues por momentos iba empeorando; y advirtiéndolo esto el siervo de Dios, él mismo pidió que le administrasen los sacramentos. Sin embargo de no haber perdido en toda su vida la gracia bautismal, hizo confesion general con grande compuncion y lágrimas, y al tiempo de recibir el Santísimo Sacramento pidió perdon á todos los religiosos, protestando que habia sido muy pecador y escandaloso. Declaró asimismo que habia pasado á los capuchinos sin otro fin que hacer la voluntad de Dios, y que con el mismo fin se habia vuelto otra vez á la observancia. El día 22 por la tarde le hallaron los médicos en tal disposicion, que dijeron quedarle pocas horas de vida. Dióle esta noticia un religioso, y el santo con un rostro placentero, que demostraba la gloria que iba á gozar dentro de poco, le respondió con aquellas palabras de David : *Alegrádome he en lo que se me ha dicho, iremos á la casa del Señor.* Diéronle la extremauncion, que recibió con devocion grande, y en la mañana del día 23

cerró sus ojos como quien se echa á dormir, y diciendo á un divino crucifijo : *Jesus, creo,* durmió el sueño de los justos. Nueve días permaneció el santo cuerpo expuesto á la veneracion del pueblo, en los cuales manifestó Dios con muchos milagros las grandes virtudes de su siervo Nicolás, y la grande gloria con que ya estaban premiadas. Entre los milagros no fué el menor el de su admirable incorruptibilidad, y la fragancia que despedia, siendo una y otra tan admirables, que llegaron á persuadirse algunos criticos que eran obra de algun artificio, y que los frailes le habian embalsamado. Por esta causa se hizo reconocimiento por ante juez competente y facultativos, y se halló que el cadáver estaba entero é incorrupto, y flexible como si estuviese vivo, y que el olor suave que despedia no era ocasionado de diligencia humana, sino favor con que Dios queria honrar á su siervo. Diéronle sepultura en lugar señalado, y con el tiempo se procedió á solicitar su beatificacion en vista de los continuos prodigios que dispensaba Dios á los que imploraban su patrocinio. Lograron finalmente sus deseos los repetidos votos de tantos como la solicitaban; pues en el día 27 de agosto del año de 1786 nuestro santísimo padre Pío VI le declaró beato, pidióle su intercesion como á tal, y á su imitacion hacen lo mismo los que admiran y aprecian sus virtudes.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Victoria, virgen y mártir, la cual, en la persecucion del emperador Decio, hallándose desposada con un pagano llamado Eugenio, y no queriendo ni casarse ni sacrificar, despues de muchas acciones milagrosas, con las que habia ganado para Dios muchas virgenes, tuvo el corazon traspasado de una estocada por el verdugo, á solicitud de su esposo.